

# De Capotillo a Santiago. Relación histórica

General Benito Monción<sup>1</sup>

## Introducción del editor

Esta “Relación Histórica” del general Benito Monción fue extraída de la obra de Emilio Rodríguez Demorizi *Diarios de la Guerra Dominico-Española de 1863-1865*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1963. (Centenario de la Restauración de la República. Homenaje de las Fuerzas Armadas, 16 de agosto de 1863-16 de agosto de 1963). De la misma existen varias

1. Notas de Emilio Rodríguez Demorizi. Esta narración apareció originalmente en un folleto impreso en esta ciudad [de Santo Domingo] en 1902. Fue dictada por el general Monción a don Mariano Antonio Cestero (1838-1909), en marzo de 1887, residiendo ambos en Turks Islands, donde se habían refugiado cuando abandonaron el país a fines del año anterior, a causa del fracaso de la llamada Revolución de Moya.

Benito Monción nació en la Común de Concepción de la Vega el 26 de marzo de 1826, pero desde muy niño su madre se fue a vivir a Dajabón, donde se hizo hombre. Figuró en las filas libertadoras en nuestra guerra con Haití y en la última campaña alcanzó el grado de capitán. En la campaña restauradora figuró como uno de los más distinguidos campeones. Como político ocupó importantes cargos públicos durante luengos años. Gobernador de Santiago, Gobernador del Distrito de Monte Cristi, Jefe de Operaciones, etc. Murió en Guayubín el 11 de febrero de 1898.

Sus restos reposan en la Capilla de los Próceres, de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Santo Domingo, desde el 16 de agosto del año 1944.

La muy citada *Relación de Monción* ha sido reproducida en diversas ocasiones. Hay edición, con notas, del Dr. Vetilio Alfau Durán, (en *Clio*, Santo Domingo), 1948), a quien debemos el párrafo anterior, así como el apunte adicional. Acerca de Monción véase nuestra reciente obra *Próceres de la Restauración*, Santo Domingo, 1963.



versiones en forma de folletos, una en la revista *Clio*, año 16, no. 86, pp.13-33. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, enero-junio de 1948, con notas de Vetilio Alfau Durán y, recientemente, otra en un folleto editado por la Comisión Permanente de Efemérides Patrias. Santo Domingo, Editora Centenario 2002, 53 pp.

A esta versión le he respetado su redacción, salvo lo referente a los largos párrafos que he separado para facilitar su lectura y algunas correcciones de sintaxis y tipográficas. También le he incluido al final cuatro observaciones poco conocidas que recogió Emilio Rodríguez Demorizi (en lo adelante ERD) del general Rafael R. Rodríguez Rodríguez, quien al publicarse el folleto por primero vez en 1902 “dio a la estampa la siguiente luz ‘Aclaración Histórica’ que reproduzco en orden cronológico, a saber:

1) Carta de Rafael R. Rodríguez Rodríguez a Mariano A. Cestero, fechada en Dajabón, el 14 de marzo de 1905, publicada en el *Listín Diario*, del 18 de abril de ese año;

2) Protesta de Rafael R. Rodríguez Rodríguez, titulada “Para la Historia” que envió al Director del periódico *Listín Diario* en fecha 23 de agosto de 1902;

3) Otro trabajo titulado “Datos para la Historia”, igualmente de dicho autor, enviado al Director del periódico *Listín Diario* bajo el seudónimo de Demófilo, publicado en su edición del 15 de agosto de 1916; y

4) Carta de Casimiro Rodríguez a su hijo Buenaventura Bueno Rodríguez, fechada en Sabaneta, el 1 de julio de 1897, publicada por Emiliano I. Aybar con el título de “Santiago Rodríguez o Relación de acontecimientos sobre la Guerra de la Restauración”, en su opúsculo *16 de agosto de 1863. Breves*



*apuntes históricos de la Restauración.* Monte Cristi, s/e, 1 de julio de 1897. A continuación el texto del testimonio del restaurador Benito Monción:

“Cuando llegaron los españoles al país, en el año de 1861, era yo Teniente Coronel de ejército, por servicios prestados durante la lucha de Independencia; mal avenido con su dominación, me preparé a hacerles la guerra, tan pronto como se me presentara la oportunidad; fue ésta la del movimiento revolucionario de enero<sup>2</sup> de 1863, dirigido por el general Lucas de Peña y en el que participaron también: Juan Antonio Polanco, Norberto Torres, Santiago Rodríguez (a) Chago, José Ramón Luciano, Juan de la Cruz Alvarez (a) Cacú, José Cabrera, Pedro Antonio Pimentel, Jove Barriento y algunos más que ahora no recuerdo.

Verificado el pronunciamiento de Guayubín el 24 de enero<sup>3</sup> apoderándonos de armas, pólvora, y municiones confeccionadas, existentes en el Arsenal de la época de la República —la pequeña guarnición española se retiró para Monte Cristi— fui encargado, ocho o diez días después, de marchar contra las fuerzas españolas que, habiendo salido de Santiago a causa del dicho movimiento, se hallaban acampadas en Villalobos, al mando de los generales dominicanos José Hungría y Gaspar Polanco; llevaba conmigo ochocientos hombres y una pieza de artillería de a 8.

En el sitio nombrado Hato del Medio Abajo topé con una Comisión, que el general Hungría enviaba a Guayubín, compuesta de los dominicanos: Furcy Fondeur, Carlos y Tito Fermín; y muy poco después fui alcanzado por Pedro A.

2. No es enero, sino febrero.
3. 24 de febrero de 1863.



Pimentel, con dos o tres de a caballo, enviado con orden del general Lucas de Peña, mandándome retroceder para Guayubín; lo cual ejecuté con toda mi gente. Al llegar me dijo el general Lucas: “que se había decidido a no hacer la operación y sí entrar en arreglo con los españoles, los que estaban dispuestos a dar garantías a todos y a hacernos concesiones más tarde”, según testificaba la Comisión allí presente. La misma de que he hablado.

Yo declaré: que no me conformaba con lo resuelto e iba a efectuar siempre el ataque con los que quisieran seguirme; entre tanto, se había desorganizado la tropa, irritada al saber lo que estaba pasando; de tal modo, que algunos intentaron hacerle fuego a los partidarios del arreglo. Con los que me acompañaron me dirigí al paso de Mangá, transporté dos piezas de a 4, que entonces llevaba, al otro lado del río, colocando una en el mismo paso y la otra en el fuerte de Mangá; ambas mandadas por el coronel dominicano San Mézquita.

Llegó la columna española que ya había estado en Guayubín sin encontrar quien le disparara un tiro, pues tan pronto como yo me puse en marcha se desparajaron los que allí estaban, yéndose los generales Lucas de Peña y Norberto Torres para Dajabón y se puso a atravesar el río, que estaba muy bajo; mandé disparar con la pieza del paso, causándole daño a su caballería pero siempre continuaron vadeando, tomándonos, al mismo tiempo, la dicha pieza; entonces, se hicieron dos o tres tiros con la del Fuerte, matándoles seis u ocho hombres. Sin embargo del cañón y de la fusilería, como quiera que mis fuerzas eran, apenas de cincuenta hombres, fui derrotado.

En el mismo día me reuní a Pimentel y al general Juan A. Polanco en la boca de Aminilla y, al instante, organizamos una columna de noventa y seis hombres, con los que fuimos a



situarnos en el paso de San José —camino de Sabaneta— para esperar allí a los españoles; mas habiendo sido advertidos de nuestro plan por lo prácticos dominicanos Andrés Fermín y Miguel Mejía, cambiaron de camino tomando el del Cantón del Medio para dirigirse a Sabanera al ataque de nuestra gente, que allí mandaba el coronel José Mártir desde que pronunció la Plaza el veinticuatro, dispersando la guarnición española, que fue a parar, una parte a Santiago, la otra parte a Guayubín; donde hicimos prisionero al médico militar. Efectivamente, fue atacada y derrotada quedando muerto el dicho coronel Mártir.

Experimentados estos descalabros, se dispersaron los principales revolucionarios en distintas direcciones: Pimentel y Juan A. Polanco se fueron a Lozano —en la sección de Monte Cristi— y Cabrera, el coronel Juan de la Cruz Alvarez (Cacú) y yo, para Capotillo Dominicano.

Los habitantes de Guayubín, Sabaneta, y demás puntos fronterizos, abandonaron sus casas huyendo, en su mayor parte, para el territorio haitiano; del mismo modo muchos que de Santiago habían ido a guarecerse a la Línea, a causa de lo acontecido allí en la noche del 24 de enero<sup>4</sup> de 1863.

El coronel Cabrera, Cacú y yo, reunimos inmediatamente en Capotillo quinientos hombres, que se hallaban en Dajabón; pero en esto llegó al campamento una Comisión de tres dominicanos, de los cuales sólo retengo el nombre de Carlitos Rodríguez (a) el Chino, con el encargo de decirnos, de parte del general Hungría:

“que todos se podían retirar a sus casas, sin ningún temor de ser perseguidos, y, en cuanto a los jefes, que permanecieran

4. 24 de febrero de 1863.



ocultos hasta que, en término de tres meses, les llegara el perdón de la Reina”

Dispuse enviar, cerca de Hungría, a Don Diego Crespo, venezolano naturalizado dominicano. A su regreso confirmó lo ya dicho por la Comisión; pero tuvo la imprudencia de hacerlo en público, ocasionando con esto la desertión de la gente de armas que teníamos organizada, a la vez que la vuelta a sus casas, o la entrada en Haití, de las familias allí refugiadas. Ya casi solos dispuso Cabrera, seguido de unos pocos, irse para David —lugar situado en la misma loma de Capotillo Dominicano; aunque algo más adentro— y Cacú y yo nos pasamos a Capotillo Haitiano, a las ocho de la noche de aquel día. Al siguiente, a él se lo llevaron para el Cabo Haitiano, unos vividores dominicanos de por allí, y a mí me ocultaron en Tousanante.

Ocho días después monté a caballo, reuní un buen número de dominicanos, de los regados en aquellos sitios, y me reuní con Cabrera en David. En los primeros días de nuestra reunión, se internó el coronel español Campillo, más allá de David, derrotando a Cabrera; yo acudí y, reuniendo las fuerzas, los atacamos, y derrotamos, de medianoche al día, entre David y la Ermita Vieja de Capotillo, haciéndole un prisionero. Y, durante cinco meses, no cesamos de atacar a las guarniciones españolas de Dajabón, y aun de Guayubín, sin que dispusiéramos de más tropa que cuarenta o cincuenta hombres a lo sumo.

Habiéndose agotado las municiones, me puse en camino para Haití con el empeño de conseguirlas: en el Trou me vio el general Silvain Salnave, a quien no conocía; él me ofreció armas y pertrechos que reunía por suscripción entre sus amigos del Cabo Haitiano. Cuando me dirigía para allí, hallé en Paraíso al general Santiago Rodríguez (a) Chago, que llevé conmigo, y



en la ciudad al señor Huberto Marsán, quien me regaló, hecha por él, la primera bandera dominicana que flotó en las filas de la Revolución.

Mi viaje duró, por lo menos, un mes, empleado en confeccionar y preparar las municiones. A la vuelta me acompañaba el general Santiago Rodríguez, capitán Eugenio Belliard, Segundo Rivas, Alejandro Bueno, Pablo Reyes —hoy general— mi hermano Juan de Mata Monción, nombrado más tarde abanderado; y otros dominicanos, cuyos nombres no recuerdo; los que yo iba incorporando en el tránsito. En La Visite hallé a Pimentel y Luis Lléllé; entregué al primero una carga de municiones, con la que se fue a reunir la gente de Macabón y Martín García, acantonándose después en el paso de Macabón Arriba, situado entre Dajabón y Guayubín.

El quince de agosto, a medianoche, dejamos a David; Cabrera y Santiago Rodríguez, a la cabeza de ochenta hombres, con destino a Sabaneta, y yo con treinta y seis y una bandera —la de Marsán— para ir sobre Guayubín. Íbamos a recomenzar, con más vigor ahora y, al fin, con más feliz resultado, para la patria, la lucha que no habíamos abandonado desde el 24 de enero.<sup>5</sup>

Me amaneció en los Cerros de las Patillas, a vista de Dajabón y muy próximo al campamento español de Belair, Fuerte de Belair. Levanté en una altura la bandera dominicana, de manera que la viesan los españoles; seguramente la vieron, puesto que nos hallábamos muy cercanos. Pero no ejecutaron ningún acto hostil contra nosotros, sino que emprendieron marcha, tomando, al parecer, la dirección de Guayubín; yo me puse en su seguimiento. Serían las seis de la mañana.

5. 24 de febrero.



Advertido Pimentel, por sus espías, del camino que llevaban, se preparó a aguardarlos en el paso del arroyo Macabón, donde, como a las nueve o diez de la misma mañana, les rompió fuego de frente, mientras yo los atacaba por retaguardia; aunque con algunas pérdidas siempre forzaron el paso, y, así que adelantaron terreno, cambiaron el camino de Guayubín por el de Castañuela, dirección esta para ir a Monte Cristi. La columna constaría, por lo menos, de cien hombres, y llevaba de jefe al brigadier Buceta. En Belair habían quedado ciento cincuenta al mando de un jefe español.

Aún no he dicho que, del 13 al 14 de agosto, Juan A. Polanco y el coronel Francisco Antonio Gómez (a) Toñico, intentaron apoderarse de Guayubín, siendo rechazados; pero más felices el día 16 lo tomaron a mediodía, acompañados por el coronel Félix Gómez. La acción fue muy sangrienta para los españoles, por sus muchas pérdidas, entre éstas la del jefe de la Plaza, el coronel dominicano Sebastián Reyes; para nosotros no lo fue tanto, pues sólo tuvimos tres o cuatro muertos y pocos heridos.

Pasado el encuentro de Macabón, reunimos las fuerzas, que montaban a unos doscientos hombres. Seguimos persiguiendo a los españoles hasta Castañuelas; allí me detuve con los de infantería —ya serían las 6 de la tarde— y Pimentel, con los de a caballo, alumbrándose con velas de cera, se puso a seguir las huellas que dejaba el enemigo, a fin de cerciorarse de la exacta dirección que seguía; al llegar a Corral Viejo adquirió la certeza de que iba para Guayubín; entonces me mandó a buscar con toda la gente. A medianoche estábamos reunidos.

Aguardamos el día. Era el 17. Alcanzamos a los españoles en Doña Antonia, los cuales habían ya desechado el camino de Guayubín, tomando otro que pasa a mucha distancia de





esa población; les rompimos fuego y derrotamos en el acto y seguimos persiguiéndolos por todo el camino, que iban sembrando de heridos y muertos; y de prisioneros, armas, municiones, etc.; de tal modo que, ya al llegar a Guayacanes, sólo acompañaban a Buceta ocho o diez de a caballo; pero nosotros también nos habíamos reducido a los de la misma clase, y entre éstos Pimentel y yo corríamos muy avanzados sobre los demás. La tropa nuestra se había retardado, en la ocupación de hacer prisioneros y de recoger los despojos del enemigo, y por la extrema celeridad y fatiga de la marcha. La infantería española no existía ya: muertos o heridos unos, prisioneros o perdidos en el monte los demás.

En Guayacanes, se desmontó Buceta en la casa del señor Juan Chavez, —más tarde he oído decir que cambió de caballo,— precisamente cuando, viendo Pimentel que nos hallábamos solos, se volvía atrás para hacer avanzar a la gente de a caballo; al reunirse conmigo, emprendía de nuevo Buceta la huida y nosotros —Pimentel y yo aún solos— seguíamos su persecución tan de cerca, que éste echó a tierra, de un machetazo, a un oficial que creyó ser el Brigadier, y yo de un tiro de revólver al peón de la carga; pero resultó que en la parte arriba del cementerio de Guayacanes se le aballó el caballo a Pimentel, mientras yo seguía hasta El Cayucal, en donde al ir a herir a Buceta, que montaba un caballo pardo, se cayó el mío; cuando me incorporaba fui herido de sable en la cabeza —de cuyo golpe quedé aturdido— por un dragón español y, seguidamente, en la muñeca del brazo izquierdo.

Viéndose Pimentel con la montura inútil, continuó corriendo a pie, y por fortuna mía llegó a tiempo para liberarme de mi contrario, derribándolo de un machetazo. En esto llegaron Gabino Crespo, Alejandro Campos y otros; me condujeron



a la casa de Francisco de la Cruz, en el mismo Guayacanes y continuó luego la persecución; pero Buceta había ganado mucho terreno, en lo que se ocuparon de mi herida y de buscarle caballo fresco a Pimentel. Cesó en Pontón. De allí se volvieron a la Peñuela en donde se incorporó, por la primera vez a la Revolución, el general Gaspar Polanco.

Todos se dirigieron a Guayacanes, en cuyo lugar había hecho alto nuestra infantería.

El 19, en la noche, fue atacado ese cantón por fuerzas salidas de Santiago en auxilio de Buceta; tuvimos ocho muertos y algunos heridos. Retiróse la columna española en la madrugada del 20, y nuestras fuerzas avanzaron detrás el mismo día; no hubo encuentro de formalidad, sino tiros de distancia en distancia, hasta llegar a la Peñuela, donde hicieron alto; la columna española continuó, entrando a Santiago en la tarde. Ya organizadas las fuerzas, salieron de la Peñuela y llegaron a Quinigua del 21 al 22 de agosto.

El día 18, en que fui trasladado herido de Guayacanes a Guayubín, salieron de éste Juan A. Polanco y el coronel José Antonio Salcedo (a) Pepillo, para atacar los ciento cincuenta españoles de Belair. Tan luego como percibieron las tropas dominicanas abandonaron, sin un tiro el Fuerte y, pasando el río Masacre entraron en Haití.

Dije, que el 16 marcharon los generales Cabrera y Santiago Rodríguez sobre Sabaneta, donde estaba el general José Hungría con una fuerza de cien o más españoles; éste abandonó la Plaza situándose en El Pino; de poca importancia fue el encuentro, derrotándose sin embargo a Hungría sobre Sabaneta; los nuestros le fueron detrás hasta la Subida del Tabaco, camino de San José de las Matas.



Al cabo de tantos años, y siendo tanta la cantidad de hechos que debo recordar mi memoria no me permite fijar, con toda exactitud, las fechas en que esos acontecimientos sucedieron, a no ser que se trate de los verificados en las más notables, cuales son: el 24 de enero,<sup>6</sup> el 16, 17 y 18 de agosto; pero sí puedo decir, con bastante fijeza si un hecho se realizó al principio, al mediar, o a fines de tal o cual mes. Así pues, no aseguro el día —quizás fue 18 ó 19— en que, el entonces capitán de Sección Federico de J. García, y el coronel Aniceto Quintana, marcharon contra Monte Cristi, lo tomaron e hicieron prisionera a su pequeña guarnición española y al jefe de la Plaza, el coronel dominicano Ezequiel Guerrero.

Permanecí como ocho días curándome en Guayubín; no estando aún bueno a su término me puse en camino para el campamento Quinigua, habiendo antes ordenado a Cabrera que fuese a acantonarse en San José de las Matas, dejando a Santiago Rodríguez encargado de Sabaneta. Más tarde, cuando estuvieron las fuerzas revolucionarias sobre Santiago, le ordenó el general Gaspar Polanco que ocupase la Otra Banda.

Llegaba yo a Quinigua y ya nuestras tropas habían salido para Santiago; puse un correo, con el objeto de que me aguardaran; pero no pude alcanzarlas sino en La Sabana. En esta se desplegaron nuestros mil y más hombres —no todos armados— y las fuerzas españolas al frente ocupando el recinto de la población. Tuvo lugar el choque —debió de ser del 28 al 29— y fueron derrotadas dejando en poder nuestro una pieza de artillería. Las pérdidas de su lado se redujeron a un artillero muerto; del nuestro a nada absolutamente. Ellos ocuparon

6. De febrero.



la Fortaleza de San Luis y el Castillo-Santiago y nosotros la población de Santiago.

Yo me acantoné en la Cárcel Vieja, Gaspar, el general Pimentel, y demás jefes, se acantonaron por el lado de Los Chachases. Todos los días teníamos encuentros con las guerrillas o columnas salidas de la Fortaleza o del Castillo-Santiago. Intimamos a éste la rendición —no recuerdo el nombre del parlamentario— sí que lo retuvieron sin darnos contestación; entonces lo atacó y tomó el general Pepillo Salcedo.

Tuvimos cuatro muertos y un herido, y el enemigo dos muertos y un prisionero. Se halló el parlamentario amarrado en el suelo. Quedóse Salcedo en el Castillo y para artillarlo se mandó a buscar a Moca un cañón el cual fue colocado allí, y después en un cerro, más bajo, desde el cual sus disparos hacían más daño a la Fortaleza. Contribuyeron en el trabajo de montarlo: el coronel Eloy Aybar, el teniente coronel de artillería José Pier y Papá Pacheco. El primero sirvió mucho, cuando se estableció el Cantón general en La Ceibita, pegado a su casa de Los Chachases.

Después del ataque del Castillo-Santiago se me presentó Luperón, que venía de La Yagua, Jurisdicción de La Vega, acompañado de un tal Domingo —he olvidado su apellido— de Moca, recuerdo que era indio, buen mozo y de genio muy vivo; y, respecto de Luperón, que llevaba un saco muzgo, sombrero Panamá de alas anchas y una espada de cruz. Yo lo conocía, por haberlo visto en Mangá, antes de mi encuentro con los españoles, cuando la revolución del 24 de enero.<sup>7</sup> Al mismo tiempo de la llegada de Luperón, se mandaba a buscar

7. De febrero.



a Moca al general Gregario de Lora, cuya venida de Puerto Plata, en auxilio de Santiago, se sabía en nuestro campamento.

Llegó Lora, se le sacó y alistó la gente con que debía ir a ocupar Los Pasos de las Lavas, a fin de impedir o dificultar la operación de Suero; pero Gaspar, cambiando bruscamente de opinión, se empeñó, contra la de la mayoría, en que antes se debía atacar la Fortaleza; efectúose esto ocasionándonos muchas y sensibles pérdidas y, la mayor, la de Lora que herido en una pierna murió poco después en Moca.

Ya pasado el ataque, presentóse en el campamento el general Juan Nuezí (a) Lafí, quien había estado aguardando a Suero, con bastante gente, aunque mal armada, y creyendo conveniente hacerse de algunas armas venía con ese fin, habiendo dejado encargado del puesto a un tal Latour de Monte Cristi. En eso verificaba Suero su marcha, no sin que le hiciera una buena resistencia Latour, causándole de 16 a 20 bajas del Paso de Bajabonico a la subida de La Cuesta del Balazo. Cuyos cadáveres vi yo más tarde.

Debo hacer presente que, verificado el ataque de la Fortaleza, dejamos la población ocupando sus orillas y siempre la Otra Banda. El general Silverio Delmonte fue agregado al general Cabrera en ese puesto, del que se hizo cargo más tarde mientras este se retiraba con licencia.

Al saberse que Suero se hallaba en Gurabito movimos el Cantón General, ocupamos el Fuerte Dios, y plazamos fuerzas en la Sabana con una pieza de artillería mandada por Papá Pacheco. Trabóse la pelea, cayéndose a poco el cañón, aunque ya le había causado bastante daño al enemigo. No obstante nuestra fuerte resistencia y las pérdidas sufridas —quedaron más de sesenta cadáveres españoles sobre el campo de batalla— siempre consiguió Suero penetrar en la Fortaleza de San Luis.



La confusión era grande aquel día; en tanto que nos batíamos desesperadamente en La Sabana, ardía Santiago a causa de haber mandado el general Gaspar Polanco dar fuego a una casa situada en la parte arriba del Fuerte San Luis, para que las llamas y el humo perjudicaran a los españoles allí atrincherados. El incendio se propagó en toda la población, debido al mucho viento que estaba soplando; pero también pegaron fuego del lado de Los Chachases. Ignoro quién fuese, sí sé que el encargado de darlo, según la orden de Gaspar, fue un borrachín de Licey llamado Juan Burgos.

A causa de la pelea con Suero —que comenzó a mediodía y duraría una hora— se agotaron casi nuestras municiones y se desorganizaron los cantones, yéndose unos a Licey y Jacagua, otros a Gurabo; yo permanecí en el Castillo-Santiago, hasta el toque de oraciones, y de allí me pasé para Licey. Al siguiente día se organizaron de nuevo con las municiones llegadas de Moca en esa madrugada.

Me había olvidado decir que, realizado el ataque a la Fortaleza, llegó al cantón de La Ceibita el coronel León Merejo, con una pequeña fuerza de Moca, cuyo mando se dio al general Luperón para que fuera al encuentro de una columna enemiga que, provista con una pieza de artillería, salía en el acto de la Fortaleza; el encuentro tuvo lugar en Los Chachases, quedando muerto Merejo y otros; del lado contrario hubo igualmente bajas. Después de esto fue encargado Luperón del puesto de Arenoso, más arriba de Mari López. Estando en él se le presentaron: Casiano Martínez, dominicano, y dieciocho españoles salidos de la Fortaleza; el primero nos había engañado en una comisión de que lo encargamos en Guayubín. A todos los fusiló Luperón.



Como para mediado del mes de septiembre se presentó al Cantón General de La Ceibita parte arriba de Los Chachases una Comisión enviada por Buceta, la que componían: el Padre Charbonneau, el coronel español Velasco, y el teniente Muza, y su encargo aparente era decirnos de parte del brigadier:

“que los jefes de la Revolución, sin estar acompañados de tropa, podían pasar a la Fortaleza, para recibirla y convenir, además, la manera de garantizar los heridos que tenían los españoles en la Iglesia Vieja”.

Varios se prestaban a lo propuesto, entre ellos el general Polanco y Pepillo Salcedo, pero yo me opuse redondamente; en lo que discutíamos, realizaban los españoles lo que quizás se propusieron, al entretenernos con la Comisión, y era: salirse de la Fortaleza, como lo hacían, tomando enseguida el camino de Puerto Plata; protegida la retaguardia por su artillería de montaña. Era pasado el mediodía. Emprendimos la persecución rompiéndoles fuego desde Gurabito. Entre Banegas y Quinigua hicieron alto conteniendo nuestros movimientos de avance con sus cañones. Serían las cuatro o cinco de la tarde.

Dispuso el general Gaspar Polanco organizar una columna, como de trescientos hombres, que por camino de travesía pasara delante de la española y se situase en el ventajoso punto de El Carril. El mismo Gaspar se puso a la cabeza. La columna enemiga levantó la marcha de madrugada y a poco andar llegó donde estaba apostada la nuestra; el encuentro le fue costoso; para nosotros no, por la ventaja de la posición.

Allí se cogieron a Alejandro Angulo Guridi (dominicano) y su familia, y a varios dominicanos más; también algunos heridos españoles. Continuamos siempre persiguiéndolos a retaguardia, y en la subida de El Limón les quitamos a Miguel Santelices y familia y a otros dominicanos. Al llegar a Altamira



hicieron alto y poco después se pusieron en marcha. En el lugar nombrado Arroyo Negro estaban los rancheros<sup>8</sup> con Latour de jefe; el mismo del lance de Suero. Habían tapado el camino con árboles derribados al efecto; el ataque fue sangriento para los españoles, obligados, a la vez que se batían de frente y por retaguardia, en malísimo terreno, a limpiar el camino para continuar su retirada. Quedaron muertos: el coronel dominicano Antonio Ceara y otros dominicanos, y dos españoles.

En los Llanos de Pérez pararon. Era mediodía. Viendo que pasaba el tiempo y no levantaban la marcha, notamos que a su derecha quedaba un gran cañaveral y se dispuso darle fuego, mandando al efecto una guerrilla por dentro del monte; el viento favorecía la operación, arrojándoles las llamas y el humo; inmediatamente tomaron el camino. Llegando al otro lado de Bajabonico, cesó la persecución. Hicimos alto, cansados, molidos por la fatiga, y muertos de hambre, y quedó establecido allí el Cantón General.

Al día siguiente me fui para Santiago para hacer llevar al dicho Cantón, una pieza de artillería, con la cual estuve de regreso seis u ocho días después. Hallé la noticia, transmitida por un amigo desde Puerto Plata, de que los españoles preparaban una expedición contra Monte Cristi. Habiendo sido nombrado jefe de operaciones de ese lugar, inmediatamente me puse en camino, acompañado de ocho o diez dragones, entre ellos el hoy general Timoteo Cordero; al llegar al Alto de la Baitoa oímos fuego de fusilería; era que Federico García y Aniceto Quintana rechazaban e impedían el desembarco de la expedición española. Llegué a Monte Cristi, donde permanecí

8. Los habitantes de la sección de Los Ranchos, jurisdicción de Puerto Plata.





con la calidad militar que ya he dicho, hasta que tuvo lugar la grande expedición del general Gándara.

Respecto a ésta, puedo referir lo siguiente: llegaron los españoles y echaron fuerzas por la bahía de Manzanillo —punta del Presidente— y por el puerto de Monte Cristi. En él estaban: los generales Pimentel, Juan A. Gómez, José Ramón Luciano, Aniceto Quintana y yo y el coronel Barriento; teníamos 500 hombres no bien armados. El general Federico de J. García había sido enviado con alguna fuerza contra los que efectuaban el desembarco por Manzanillo.

No pudimos resistir al enemigo, porque eran grandes fuerzas y además, auxiliados por los cañones de los buques de guerra, y salimos derrotados; no sin haberles hecho importantes bajas. Un disparo de cañón dirigido por el coronel San Mézquita, echó a pique una lancha matando algunos de los que estaban en ella. Sólo perdimos a Eugenio Cadete, muerto, y heridos que pudimos llevarnos: José Ramón Torres y Francisco Morel. En la noche de aquel día, ya reunidos todos en Guayubín, se nos agregaron doscientos hombres enviados de Santiago para reforzar a Monte Cristi. Al siguiente quedó establecido el Cantón de Laguna Verde y al otro nos atacaron y derrotaron.

En este lance perdí el sombrero. Pero después se organizaron los cantones de El Duro y de La Magdalena, posiciones en las que nunca fuimos hostilizados; reduciéndose la guerra a encuentros que solían tener lugar, entre las guerrillas españolas y las nuestras, en el tránsito de Monte Cristi a los dichos cantones. Y así se estuvo, hasta el día, de cuya fecha no puedo hacer memoria, pero sí de que hacía largo tiempo que estaban allí los españoles, en que se presentó el general Gaspar Polanco, Presidente en aquella actualidad del Gobierno Provisorio de la República, y, reuniendo los cantones al fuerte



cuerpo de caballería que levaba consigo, fue a atacar a Monte Cristi. Yo estaba seriamente enfermo. La operación nos salió muy cara, teniendo algunos muertos y heridos. De ahí en lo adelante no volvió a realizarse ningún hecho importante hasta finalizar la guerra.

Voy a concluir, pero antes deseo hacer unas declaraciones:

**Primera**, que, durante mi permanencia en Capotillo Dominicano, ningún jefe principal, a excepción del general Cabrera, estuvo conmigo hostilizando a los españoles desde tal posición; porque el general Santiago Rodríguez solamente estuvo en ella cuando lo llevé a mi regreso del Cabo Haitiano: ya en las vísperas del dieciséis de agosto.

**Segunda**, que el mando de la Revolución, dividido al principio entre los jefes principales, se unificó en el general Gaspar Polanco, quien lo ejerció hasta formación del Gobierno Provisorio, del que fue el primer Presidente el general José Antonio Salcedo (a) Pepillo;

**Tercera**, que muchos individuos participantes en el movimiento del 24 de enero<sup>9</sup> no lo fueron en el de agosto, tales como: los generales Lucas de Peña y Norberto Torres y el coronel Juan de la Cruz Alvarez (a) Cacú;

**Cuarta**, que, según mis noticias y conocimiento de las cosas de la Revolución, con especialidad en el Cibao, no creo que el desgraciado general Pepillo Salcedo (Q. E. G. S.) fuese culpable, como se le acusó sin probárselo, de manejos indignos en favor de los españoles; ese cargo a tan valiente jefe y buen servidor de la Patria, puede atribuirse: a algún mal entendido o quizás a intrigas políticas.

9. De febrero.



He concluido. Declaro que todo lo que antecede ha sido relatado con verdad, sin pasión ni interés, y sólo para satisfacer los deseos de un amigo y compatriota. Mi escasa memoria puede haberme hecho olvidar el nombre de algún restaurador cuyos servicios me constasen; y, por la misma causa, y del mismo modo, el de muchos valientes muertos en el ataque de la Fortaleza y en otros donde me hallara. Puede suceder, también, que, al referir haya trastornado el orden en que los acontecimientos se realizaron, o errándome en la fecha, y hora; pero lo repito: he dicho la verdad sin estar movido por pasión o interés de mala ley.

Turks Islands, 12 de marzo de 1887.

CERTIFICACIÓN: DECLARO: que la precedente “Relación” ha sido hecha por el general Benito Monción, a solicitud mía.

M. A. Cestero

Turks Islands, 12 de marzo de 1887”.

### “Adición

Con motivo de la publicación de este folleto, el General Rafael R. Rodríguez dió a la estampa la siguiente aclaración histórica:

Dajabón, 14 de marzo de 1905.

Señor don Mariano A. Cestero,

Santo Domingo.

Muy señor mío y de toda mi estima y respeto:

Como fue a Ud. a quien el digno campeón de la restauración, Benito Monción, le hizo la relación de los hechos de esa jornada, en lo que concierne a su nacimiento, en la cual se habla de una bandera que al dicho general Monción le



regalara el señor [Huberto] Marsan; y como en su relato dice el ya dicho general Monción, que en su salida se encontró con Santiago Rodríguez y se lo llevó; por eso dirijo a Ud. esta aclaración, hecha por el mismo señor H. Marsán. Al hacerla en forma de carta abierta, es porque no dudo que Ud., recuerde que cuando vi el folleto publicado en agosto de 1902 por don Miguel A. Garrido, protesté, no de la declaración de Ud., que ningún interés demuestra en pro ni en contra de ninguno de esos ciudadanos; pero si en nombre de toda la familia Rodríguez, de la falsa y antagonica relación del general Monción; y como entonces, al igual de ahora ofrecí hacer luz a la historia; me prometí publicar un folleto con datos y declaraciones capaces de hacer conocer en el país, quién fue el olvidado general Santiago Rodríguez, tan abnegado como desprendido.

Paso a los hechos.

En una noche de las últimas del mes de septiembre del año próximo pasado, me llegué a la morada del señor Marsán, y en presencia del general Francisco Alemán, en la loma de Castañuela, le pedí me explicara, lo del regalo de la bandera que él le hizo al general Benito, y con su habitual cortesía me dijo: “Yo he leído y oído hablar siempre de eso de la bandera que dizque regalé a mi compadre Benito; pero no hay ni hubo tal regalo; lo que pasó fue que en esa época del 63, estando yo en Cabo Haitiano, un día se me presentó Chago, mi viejo amigo y me puso al corriente de sus gestiones revolucionarias; luego salimos, lo conduje a casa de un tal Monsanto, comerciante; Chago sacó de su faltriquera una larga cadena de oro que supongo fuera la de su matrimonio; justipreciamos la prenda entre los tres, luego Chago tomó lanilla para tres banderas; yo le aconsejé no comprar blanca y que comprara percal que le resultaba más fuerte y económico.



Luego tomó algunos potes de pólvora y volvimos a casa; estando allí nos notificaron que ya la autoridad nos seguía de cerca los pasos; entonces convenimos en que él se iría al campo donde estaba oculto.

El salió esa misma noche y yo me quedé confeccionando los cartuchos y haciendo las tres banderas”.

Hasta aquí he podido retener el relato del señor Marsán, el que él me prometió dar por escrito. Cuando así suceda, él confirmará o modificará el mío.

Dejo en pie la promesa de dar informes y aclaraciones históricas, que hoy por hoy no puedo dar por estarlas coleccionando y haber pedido la rectificación por escrito de otras que me han sido referidas.

Soy de Ud. como siempre, s. s. s. y amigo: Rafael R. Rodríguez. (*Listín Diario*, 18 de abril de 1905)”.

La protesta de que habla el general Rodríguez, autor de esta carta, apareció en el *Listín Diario*, Santo Domingo. 23 de agosto de 1902, dice así:

### “Para la Historia

Triste, muy triste es detractar a seres a cuyas órdenes hemos servido; a seres que nos merecieron toda estima, consideración y respeto; a seres que merecen bien de la Patria y aplausos de la ciudadanía por sus servicios y esfuerzos y por su bravura. El General Benito Monción fue uno de los primeros hombres de armas de la célebre Restauración de la Patria, no lo negamos; pero, de eso a ser él el hombre de la idea, de los recursos y de la iniciativa, hay bastante distancia.

Así, con todo el respeto que nos merecen sus venerandas cenizas y a nombre de toda la familia Rodríguez: protesto



solemnemente de la afirmación negativa del esforzado General, entonces Comandante, en la que niega que fuera el antiguo General Santiago Rodríguez, el nervio y agente poderoso de esa gloriosa epopeya; por su categoría oficial y social; por su relativa instrucción y por su desahogada posición financiera, como comerciante y hacendado.

Superviven Generales, y aún particulares en Haití, que dan fe de las actividades y diligencias efectuadas por el difunto General Rodríguez, ya mencionado, pudiendo atestiguar sus relaciones con el mártir del Cercado, General Francisco del Rosario Sánchez, mi particular y estimado amigo el General don José Ricardo Roques, quien estimó en sumo grado al digno General Monción.

El General Lappé, conoció y acompañó al General Rodríguez, cuya familia posee algunas confesiones de hombres ya difuntos y de otros supervivientes a los cuales la Historia debe merecerle fe; tales como don Doroteo Tapia; Isidorito Rodríguez (que pereció en El Contrabando); etc. etc.

Al establecer esta protesta no nos guía otro interés que el de la justicia, como hombre desinteresado y todo lo hacemos por la veracidad histórica para cuyo esclarecimiento daremos las pruebas convincentes que poseemos y cuantas consigamos a ese respecto. Nos habíamos conformado viéndolo relegado al olvido; pero ya que el ilustre patricio Monción quiso con su relación posponerlo, por pasiones políticas, salimos a probar, como probaremos, que no fue la cuarta figura sacada por él de Haití, sino que fue la encarnación de esa gloriosa jornada. Rafael R. Rodríguez. (*Listín Diario*, República Dominicana, 23 de agosto de 1902)".



El general Rodríguez y Rodríguez publicó en 1916, bajo el seudónimo de Demófilo, otro escrito relativo al mismo tema. Reza así:

### “Datos para la Historia

Señor Director del *Listín Diario*,  
Ciudad.

Como aquí todo se falsea, quiero dar un dato para la Historia, pues hay quienes crean que la eficaz y gloriosa jornada del 16 de agosto de 1863 fue un aborto de la casualidad; mientras que las leyendas dicen y prueban lo contrario. Ella fue incubada por un soldado de la Independencia que en vida se llamó General Santiago Rodríguez, y con el concurso potentísimo de muchas otras figuras de importancia.

En Santiago de los Caballeros se tiene la falsa creencia de que el único manifiesto que tuvo la Restauración, fue el que formularon los comisionados del Gobierno Provisorio, que fueron a Cabo Haitiano después que los españoles abandonaron a Santiago. Pues no: actores supervivientes ponen el caso en claro. A muchas personas, entre las que se cuenta Don Emilio de Lara, de Monte Cristi, nos refirió Don Huberto Marsán, factor principalísimo de todo ese proceso, que antes de salir de Haití, la revolución en el mismo Cabo Haitiano, donde se había preparado todo convenientemente, se redactó e imprimió el Manifiesto de la revolución dictado por el General Santiago Rodríguez, escrito por Alejandro Pujet, e impreso por un venezolano, quien vino al país cuando la Monagada, que vivió en Santiago, en casa de Pantaleón y que cuando la Anexión se fue para Haití y que se llamaba Juan Cooper.



Refería Marsán, y lo confirma don Enrique Rivas, que días antes de dar el Grito en Capotillo fueron enviados por el General Santiago Rodríguez los oficiales Segundo Rivas y Sotero Núñez a distribuir el Manifiesto, por los campos de la Línea.

En los cerros de Las Patillas no se peleó, sólo hubo una escaramuza, entre españoles que pasaban y dominicanos que habían penetrado allí; el General Benito y su gente salidas de Capotillo el día antes.

Lo que sí es verídico es que el día 17 al amanecer se peleó en el Paso de Macabón y en El Pino en el lugar llamado El Fundo de Manuela.

En Macabón estaba apostado con su gente, el General Pedro A. Pimentel, quien había tenido aviso del General Santiago Rodríguez de que ese día debían salir los Restauradores.

Obra de la casualidad fue la salida de los españoles de Dajabón y que al atravesar ellos la Sabana Santiago, los vieran las gentes del General Benito, que había pernoctado en los cerros de Las Patillas, límite entre los dos sitios o lugares, y como los dominicanos se preparaban para seguir la marcha, al ver a los españoles se trabó la escaramuza; los dominicanos los siguieron aunque a distancia hasta que llegaron donde estaba esperándolos Pimentel.

La otra tropa que iba por las alturas, al mando de los Generales Santiago Rodríguez y José Cabrera, encontró en El Pino, al General José Hungría con la columna española, que bajaba a perseguir a los rebeldes. En uno y otro encuentro salieron victoriosas las armas nacionales.

Al decir del General Pablo Reyes y el Coronel Cándido Farfán, Plidomo, esos dos encuentros fueron al amanecer del





17, pues el 15 después del Grito en Capotillo, la mayor parte del día lo pasaron en preparar la marcha, por lo cual los unos penetraron en los cerros de Las Patillas y los otros en El Pino, a poca distancia de los españoles que estaban acampados en el mismo Pino, en el Fundo de Manuela, donde fueron asaltados por los Batista, quienes les dieron alcance en la subida del arroyo de Bánica, lo que impidió que pasaran por la población de Sabaneta.

Luego le dieron otro alcance en la subida de El Tabaco, camino de Sabaneta a Guaraguanó, en éste le hicieron varios prisioneros dominicanos y españoles. Los primeros eran Pablo Aquino, Cabo Gerónimo y dos de los Grullones, y los segundos el Fiscal, el Practicante y otros más, y algunos heridos. Demófilo. (*Listín Diario*, no. 8,170. Santo Domingo, agosto 15 de 1916)".

### **“De Casimiro Rodríguez a Buenaventura Bueno y Rodríguez**

Sabaneta, Julio 1° de 1897.

Sr. Don Buenaventura Bueno y Rodríguez,  
Montecristi.

Mi querido hijo:

Como ya estoy hacia el poniente de mi mísera existencia, ignorando si precipitada o lenta mi marcha pasaré mucho tiempo, o con brevedad llegaré al oscuro ocaso de mi vida; creo un deber ineludible, antes de que se corte el hilo de esa vida, poner de relieve con toda la mejor buena fe posible, en relación tradicional por medio de esta carta, el mérito indiscutible de uno de los héroes más sobresalientes de nuestra Restauración, mi hermano Santiago Rodríguez.



Este egregio patricio, no sé si por egoísmo de sus correligionarios de entonces o por fatales coincidencias, si bien no pasa olvidado en su gloriosa jornada, al menos, no ha llegado a alcanzar el puesto correspondiente que sus altas virtudes de patriota han conquistado en la historia de la Patria. Por eso yo qué fui casi inseparable compañero del héroe y hermano, siendo testigo ocular de sus acciones, aunque la crítica me juzgue parcialmente, ya que no hay otro que lo escriba, escribo y te dedico esta sencilla y pálida pero verídica relación de esos hechos, en los cuales tomé yo también pequeña parte, para que si con dicha relación puede ser en algo útil a la historia, le des tú el fin que juzgues conveniente.

En el año 1861 —todos lo saben— se enarboló el pabellón de Castilla en nuestra patria, sustituyendo el cruzado pabellón de tantos sacrificios anteriores, que diferentes pueblos y lugares conservan en tradiciones y episodios de sublime patriotismo, y que, a pesar de la austeridad de la historia no permite consignar.

Yo, uno de los que presenciaron en Sabaneta el espectáculo tan triste al buen patriota, igual descontento e indignación me poseyó; yo estaba en la plenitud de mi juventud lleno de las más sanas y nobles aspiraciones, hice protesta en mi corazón contra aquel hecho insólito que reducía la Patria a tan humillante condición política, y contra sus execrables autores.

Mas viendo que ya la obra de iniquidad estaba consumada, todos los demás vimos que no teníamos más recursos que apelar a las armas a tiempo oportuno para recobrar nuestra perdida libertad; y pasé al efecto a conferenciar con mi hermano Santiago Rodríguez, el cual era a la sazón Alcalde de Sabaneta; desde el momento me pone al corriente de todas sus patrióticas ideas iniciando el movimiento y retirándose luego a Los Almácigos a esperar mejor oportunidad.



Corría el año glorioso de 1862, el combustible estaba preparado, no faltaba más que la tea para que ardiera la conspiración y estallara el movimiento revolucionario.

Llega el año glorioso de 1863 en cuyo mes de enero llegó a tal grado la propaganda revolucionaria sustentada por todos los cabecillas, que el Gobierno tuvo que tomar medidas a fin de imponer su autoridad y contrarrestar la revolución, las que de nada valieron, pues a pesar de las vigilancias, en ese mismo mes llegó a Sabaneta un comisionado, cuyo nombre no recuerdo, procedente de Puerto Plata; haciendo conquistas y propagandas para la revolución que de conformidad con Santiago debía estallar el 27 de Febrero, día de la gloriosa fecha de nuestra nacionalidad.

En dicho mes de febrero me fue encomendado por mi hermano pasar a Puerto Plata para ponerlo a mi regreso al corriente de todo lo combinado en dicha ciudad para dar el golpe ya convenido entre todos los dominicanos adheridos a dicha santa causa.

Al pasar por el pueblo de Guayubín, de regreso de mi viaje a Puerto Plata, encuentro noticias de que Norberto Torres se había anticipado al golpe por encontrarse perseguido por los españoles, y el cual se encontraba en el lugar nombrado Mangá como punto de defensa, habiendo allí reunido algunas gentes. Siguiendo yo esa misma noche llegué a las 10 p. m. a Sabaneta dando cuenta a Santiago de mi encargada comisión.

Hora y media después de mi llegada, llega una comisión de Guayubín dirigiéndose a mi hermano Santiago para que efectuara el pronunciamiento de la plaza que se encontraba bajo el mando del General Antonio Batista. Seguidamente se convocaron todas las personas comprometidas y al amanecer del día siguiente fue tomada la comandancia, arriada la



bandera española, y enarbolada la dominicana; tirados los tres cañonazos de alarma y a la algazara de ¡Viva la República! se contribuye a la pronta reunión de patriotas de todas partes bajo las inmediatas órdenes de Santiago Rodríguez.

Al tener noticias el General Lucas de Peña que Sabaneta se había pronunciado, marchó sobre Guayubín tomándolo, y en donde lo proclamaron jefe del movimiento allí; habiéndose antes nombrado a Santiago Jefe de operaciones en Sabaneta.

Como la revolución estaba en el ánimo de todos los dominicanos, con excepción de pocos, no fue necesario presentar el manifiesto para que se acogieran a tan noble causa; sin embargo, se tomaron por escrito medidas de organización y dispuso el Jefe de Operaciones presentar un manifiesto basado en las razones que movían a los dominicanos a recuperar su libertad, y fijando desde luego —por separado y por escrito— la conducta que se debía observar con el fin de dirigirse a todos los puntos de la República que no hubieran tomado parte y no estuvieran de acuerdo con dicho movimiento; pues, después que los pueblos de la línea N. O. habían dado sus golpes, la ciudad de Santiago fue la sola que hasta entonces había secundado dicho movimiento, faltando aún los demás pueblos.

A los tres días después de tomada Guayubín escriben los Jefes revolucionarios de ese pueblo que había gran necesidad de armas y municiones, a fin de que se abriera una suscripción para mandar a comprarlas a Haití; y al efecto se formó una lista de los individuos que voluntariamente se suscribieran, y se recaudó una suma en oro español y americano que dispuso remitir inmediatamente por órgano de una comisión —que yo presidí— a la Junta Revolucionaria constituida en dicha población de Guayubín.



Al llegar a aquel punto notamos un descontento en la tropa y desacuerdo entre los jefes, siendo el motivo de la desmoralización, la traición que algunos de los cabecillas tramaban; y aunque visto tal estado de cosas, sin ningún obstáculo fue entregada la suma de que fuimos portadores, regresando inmediatamente a Sabaneta para dar cuenta de nuestra comisión y del estado de aquella plaza, el cual manifestamos no ser bastante satisfactorio, por lo que fue preciso al jefe Santiago mandar una nueva comisión que presidió el General Luperón, llegando a ser casi desde ese instante una de las glorias más resplandecientes de dicha jornada.

De vuelta la comisión ya mencionada y al saber Santiago que Guayubín había sido entregado por los revolucionarios, se dispuso mandar inmediatamente aviso al General Antonio Batista que había marchado como General en Jefe sobre San José de las Matas, para que retrocediera reconcentrándose en Sabaneta.

Sabedor también que la revolución había fracasado en Santiago, dispuso mandar una comisión a Mao, la que también presidí yo, al General: Bartolo Mejía, jefe de la fuerza de aquel punto, para que dispusieran todos reconcentrarse en Sabaneta como lugar que prestaba más seguridad para resistir al enemigo, lo que se efectuó con no mal éxito, pues presentándole combate dejáronle en el campo varias bajas, contando de la nuestra sólo al valiente comandante José Martes, quien víctima de su ardor y arrojo será siempre digno de mejor recuerdo.

Al retirarse las fuerzas nuestras de este último punto que resistió con marcado heroísmo, perdida nuestra situación, preferimos quedar errantes o imponernos el destierro con pérdida de todos nuestros intereses, antes que someternos al



vil yugo español, y bajo el juramento de morir o ser libres nos refugiarnos en Capotillo, donde soportamos con resignación todas las amarguras del destierro, hasta que una orden del Gobierno de Puerto Príncipe de Haití nos obligaba a pasar al interior de aquella República.

Yo, no queriendo sufrir más las vejaciones del destierro, me separé de Santiago y me decidí a pasar a mi país aun a costa de gravísimos peligros, pero antes jurando no desmayar hasta ver concluida la obra principiada.

Ínterin, viéndose mi hermano obligado a refugiarse con su familia en casa de un pariente en las cercanías del Cabo Haitiano, consiguió por medio de recomendación y relaciones de amistad con las personas más influyentes de aquella ciudad, alcanzando poder organizar allí el plan de guerra que llevó a cabo, proporcionándose medios con que volver a la ofensiva, quedando libre la patria en la jornada subsiguiente.

Yo, bajo el indulto general, volví a la patria sirviendo siempre a la revolución como agente secreto, y últimamente tenía orden de Santiago Rodríguez para disponer de sus intereses que aún restaban sin secuestrar por el gobierno español, para que le remitiera el producido para comprar armas y municiones con que proseguir la lucha en favor de la libertad dominicana. En el Cabo Haitiano fue donde él estableció la fabricación de los primeros cartuchos, y se proveyó de los demás elementos para dicha guerra, como también de donde originó el segundo Manifiesto que nuevamente declaraba la guerra a España en esta tierra, antes que llegar a ser súbdito español.

Hechos todos los preparativos a expensas de los bienes de Santiago, salió éste de Haití para emprender nuevamente la cruzada que enseña que el pueblo que ha sido libre a costa de inauditos sacrificios, debe morir mejor que perder su libertad.



El 16 de Agosto de 1863 fue la fecha memorable en que saliendo Santiago de la vecina República, que dicho sea de paso, contribuyó en nuestro favor, marchó con una parte de las gentes que se encontraron, sobre Guayubih, al mando de Pimentel y Monción, y la otra parte por Sabaneta a su propio mando y acompañado de Cabrera, habiendo tenido en El Pino el primer encuentro, uno de los más gloriosos que debe registrar la historia, pues derrotadas las tropas españolas se continuó en persecución de ellas hasta llegar a Sabaneta, donde hizo alto, enviando gente siempre en persecución de los derrotados españoles hasta la Subida de El Tabaco, dirección que llevaba el enemigo para San José de las Matas.

El movimiento iniciado por los refugiados de Capotillo cundió como una chispa eléctrica y repercutió de un confín a otro de la República.

Ya en Santiago y organizado convenientemente el movimiento restaurador fueron designados algunos jefes para ocupar ciertos puntos estratégicos y atender a la organización del ejército; y al efecto Santiago Rodríguez fue nombrado Comandante de Armas de Sabaneta y jefe de operaciones para ocupar a Bánica y propagar la revolución en el Sur, por eso no se le encuentra en la toma de la ciudad de su nombre.

Así, y aunque quebrantado de salud por aguda enfermedad que sufría, sostuvo en buen pie de guerra toda la jurisdicción de su mando y pudo en toda ocasión atender el envío de cuantos refuerzos se le solicitaban.

Al restablecerse la salud del General se dispuso que las fuerzas de Sabaneta fueran a cubrir a Montecristi y Esterobalsa en cuyos puntos distrajo su atención el gran caudillo y como no guiaba más ambición que la de ver libre la Patria, dió lugar a que a pesar del inmarcesible laurel que ceñía su frente, tomaron



otros la delantera en su gloria, terminando felizmente la jornada en el camino que él trazó.

Santiago Rodríguez fue el hombre que figuró como el cabecilla más caracterizado de aquella redentora época. Lo comprueban los edictos de la Reina en los cuales solamente excluyó al General Santiago Rodríguez del indulto general.

Tal fue su generosa conducta. La enfermedad de ese valiente caudillo durante la contienda con España, fueron los motivos porque otros le arrebataron las glorias que le pertenecen y las que se disputaban con tanta ambición, que llegaron a poner en peligro la obra de esa época con tan buenos auspicios principiada; a tal grado, que fue necesario, en medio de la lucha con el terrible León de Castilla, proceder a la formación de nueva Junta de Gobierno a la que llamado él a tomar parte fue reconocido como el verdadero "Héroe de Capotillo". Pero desgraciadamente la enfermedad que había adquirido en el transcurso de los acontecimientos se le había tornado de un carácter tan agudo, que no le permitió seguir al frente de la Revolución hasta consumir él mismo tan gran obra.

Por estas circunstancias nada más, no apareció Santiago Rodríguez en la capital de la República, como la figura más culminante, en la gloriosa epopeya de la Restauración de la República Dominicana.

Casimiro Rodríguez".

(Del opúsculo Santiago Rodríguez. *Carta de D. Casimiro Rodríguez a su hijo Buenaventura. Bueno y Rodríguez o Relación de acontecimientos sobre la guerra de la Restauración Dominicana*, por Emiliano I. Aybar. Monte Cristi, 1897, 9 pp.).





## "16 de agosto de 1863. Breves apuntes Históricos de la Restauración

Siendo la historia la narración de sucesos verdaderos o, de otro modo, la exposición verdadera de los hechos o cosas memorables, queremos a grandes rasgos bosquejar el principio de nuestra gloriosa Guerra de la Restauración, a fin de que en el gran libro do se inscriben los nombres de los bienhechores de la humanidad, se reserve una de sus diáfanas páginas para inscribir en ella los nombres de los verdaderos héroes de Capotillo.

He aquí la verdad de los hechos;

El 8 de agosto de 1863 dos hombres recorrían las encrespadas cimas de los montes de Capotillo; llamábanse Benito Monción y José Cabrera. Nadie hubiera imaginado el móvil de aquella excursión, si no lo demostrara la narración siguiente:

Benito Monción y José Cabrera se habían dado cita hacia ese punto con el objeto de llevar a cabo la empresa más colosal que registran los anales de nuestra historia política; el de restaurar nuestros sacrosantos derechos usurpados por la traición y falsía; combatiendo las huestes españolas que pisaban nuestro territorio. Grandiosa era la empresa y escasos o ninguno los recursos con que contaban; ¡cómo, pues, acometerla! Mientras se deliberaba sobre tan grande asunto, una idea atraviesa de súbito por la mente de esos dos caudillos. Era precisó iniciara un nuevo miembro más provisto de recursos que ellos: la elección cayó en el General Santiago Rodríguez, quien no sólo ofreció gustoso cuanto tenía, sino también sus servicios personales.



Así y no de otro modo quedó instalada la trinidad de Capotillo, e iniciado el movimiento que debía estallar el 16 del mismo mes, es decir, 8 días después de concebida la idea.

Cuatro días después de los acontecimientos que acabarnos de referir, veíase llegar a la Sabana de Lavissit (territorio haitiano) al General Monción conduciendo desde Cabo Haitiano algunas cajas de pertrechos de guerra. Allí encontró al General Pedro Antonio Pimentel, a quien comunicó la idea y con quien compartió los pocos recursos que traía.

Mientras esto pasaba en Lavissit, la actividad de Rodríguez y Cabrera había llamado la atención de algunos patriotas que se reunieron con ellos en número de diez y ocho. Listo y dispuesto todo de la manera más conveniente, la aurora del día 16 se presentó fúlgida y hermosa; risueña perspectiva ofrecían los altos montes de Capotillo; no menos bello era el gracioso panorama que en conjunto presentaban la espaciosa sabana Santiago y los empinados cerros de La Patilla: en la cima de uno de éstos ondeaba majestuoso el cruzado pabellón dominicano, emblema glorioso de nuestras pasadas luchas. Eran las seis (a. m.): el albo sol derramaba sus fulgores y engalanaba el espacio.

El Brigadier español que se encontraba en Dajabón divisa la bandera y nota la actitud ofensiva de los dominicanos; y las brisas perfumadas llevaron a los oídos del Brigadier el espartano grito de ¡Libertad o muerte! que lanzaban los patriotas.

Media hora después el sonido bélico del clarín español anunciaba a los dominicanos la proximidad del enemigo; como en efecto, un momento después veíase a la columna española hacer alto en el Paso de Guajaba y allí trábese la lucha. El Paso de Guajaba fue, pues, el punto escogido para el combate. La lucha era desigual, pero a pesar del reducido número de



patriotas, por espacio de media hora quedó obstruido el Paso para la columna enemiga, a cuyo tiempo forzaron la marcha y sin ocuparse del número de bajas en el campo lograron pasar.

A este tiempo el General Pimentel que había oído el combate acude presuroso en auxilio con cincuenta dominicanos, orgullo y gloria de nuestra patria, dignos cada uno de ellos de esculpir sus nombres con caracteres dorados en el escalafón de militares. El General Pimentel, con este grupo de valientes, ocupaba a Macabón en el momento mismo en que la columna española se aproximaba a ese punto; y, con sin igual denuedo trábese la lucha, ¡lucha gigante digna de una epopeya! Allí, después de un reñido combate, logran poner en vergonzosa derrota al Brigadier español y su decantada columna.

Al General Pimentel cupo la gloria de la primera victoria; él fue quien coronó las armas dominicanas con los laureles del triunfo.

Deseando los patriotas completar su obra y hacer más espléndida la victoria alcanzada, organizan una fuerte columna bajo el mando de los Generales Pimentel y Monción, la cual sigue en persecución de Buceta y de sus compañeros en derrota; éstos habían hecho alto en Guayubín, y reorganizando la columna, aumentado el número con la guarnición que habían dejado antes allí. Una vez acercada la tropa dominicana principia el combate más encarnizado, el cual costó varias víctimas. Indecisa estaba la victoria; arrojados eran los combatientes; nadie podía juzgar por el aspecto de qué parte estaría el triunfo, viniendo a aclarar la duda el toque del clarín español que ordenaba la retirada.

Los patriotas, más envalentonados con los triunfos de la segunda campaña, siguen en persecución del enemigo logrando alcanzarlo en el lugar de Doña Antonia donde una nueva derrota



aguardaba a la columna española; yendo los dominicanos en su seguimiento hasta Guayacanes. El General Monción que se había adelantado demasiado en persecución del enemigo, se encontró de improviso rodeado por un grupo diez españoles que afanosamente luchaban por darle muerte.

Este combate, sumamente desigual, de diez contra uno, hubiera costado la vida al primero de nuestros héroes, pues el General Monción había recibido dos heridas, una en la cabeza y otra en el brazo izquierdo; pero el General Pimentel, ese hombre múltiple en el combate, tan previsor como valiente, nota la falta del General Monción; le ve combatir cuerpo a cuerpo a pesar de sus heridas; vuela en su auxilio, se abre paso por entre el pequeño grupo de españoles, y, de un sablazo, derriba al primero que osó ponérsele delante, y los demás huyen despavoridos al notar la proximidad de las tropas dominicanas.

Empero, volvamos una mirada retrospectiva y veamos qué hacían en tanto Rodríguez y Cabrera a quienes se había encargado de las operaciones sobre Sabaneta. Éstos, conociendo las fuerzas numéricas con que contaba el honrado General José Hungría, que mandaba las huestes españolas y ocupaba por entonces la plaza de Sabaneta, resolvieron acampar en la loma El Tabaco a fin de tener un punto defensivo en caso de que los atacasen como en efecto: el intrépido General Hungría a marcha forzada quiere ocupar aquel punto contando con éxito de la victoria en atención a la considerable fuerza de que disponía; pero los dominicanos, bien atrincherados en aquel baluarte inexpugnable, logran poner en precipitada fuga la columna enemiga, yendo con su persecución hasta el camino de San José de las Matas.



Dueños ya de la Línea Noroeste, y habiendo repercutido el sonoro grito de Capotillo por todos los ámbitos de la República; el amor de la patria se inflamaba cada vez más en el corazón de los dominicanos y las filas insurrectas engrosaban de día en día con la aparición de nuevos prosélitos. Para este tiempo aparecieron dos entidades que prestaron importantes servicios a la causa nacional: José Salcedo (a Pepillo) bizarro campeón de las libertades y Gaspar Polanco, valiente, intrépido y enérgico militar.

La tea arrojada entre abundante combustible no podía extinguirse, sino por el contrario, de día en día la revolución contaba con más adeptos, al extremo que los patriotas con fuerzas considerables, resolvieron establecer su cuartel general en Quinigua, de donde pocos días después lo levantaron con el fin de aproximar las tropas a Santiago y establecer el nuevo cuartel general en la Cárcel Vieja de dicha ciudad.

Rudos y encarnizados fueron los encuentros que se tuvieron con el enemigo a quien no se cesaba de hostilizar: ocho días después de estar establecido el cuartel general en la Cárcel Vieja, apareció un hombre que más tarde vino a ser una de las figuras más conspicuas de aquella gloriosa cruzada; éste fue el General Gregorio Luperón, el héroe de La Ceibita.

Al valor y pericia del General Luperón se debió el más espléndido triunfo que coronó las armas dominicanas. En la batalla de La Ceibita entró en posesión el ejército beligerante de una pieza de artillería arrancada al enemigo por el General Luperón.

No nos detendremos en narrar los acontecimientos subsiguientes, porque sería tarea de nunca acabar, máxime, cuando nuestro propósito no ha sido escribir la historia completa de nuestra Restauración, sino simplemente demostrar,



a la luz de la verdad, cuáles fueron las figuras más culminantes del movimiento iniciado en Capotillo, haciendo extensivos los apuntes hasta el cantón de La Ceibita.

Ahora bien: como la historia es la narración verdadera, he aquí, pues, historiado el movimiento de Capotillo en sus primeras fases.

He aquí, también, el motivo por el qué hemos llamado este trabajo *Breves apuntes históricos de la Restauración*.

Emiliano I. Aybar

(En *Revista Científica y de Conocimientos Útiles*, no. 21, Santo Domingo, 12 de noviembre de 1883)".

